

EL ANARQUISMO

TIENE SU MISIÓN PROPIA E INCONFUNDIBLE

EN LA REVOLUCIÓN

En la acción conjunta de todas las fuerzas antifascistas, las nuestras son las más firmes sostenedoras de la unidad, y con su ejemplo estimulan a los demás sectores a mantenerla y vigorizarla. Para que esta unidad fuera un hecho positivo, la C. N. T. y la F. A. I. han hecho lo imposible en el orden de las concesiones. De ahí que nadie podrá afirmar jamás que los anarquistas españoles han sido obstáculos o que han creado dificultades para que el bloque antifascista fuera todo lo sólido que la guerra exigía y exige. De los demás sectores no puede decirse lo mismo.

Ahora que, cada una de las fuerzas que intervienen en la lucha común, si bien supeditan todo al logro de los propósitos fundamentales que han dado razón de existencia a la unidad antifascista, no pierden su personalidad, sus características peculiares. Menos aun pueden esfumarse estas últimas en aquellos sectores revolucionarios que, como el nuestro, constituyen la fuerza impulsora de la Revolución y la garantía más firme de su orientación libertaria.

Lógicamente, la lucha en común de organizaciones libertarias y partidos republicanos y marxistas obliga a ciertas transacciones, sin las que no hay unidad de acción posible. Nuestra experiencia ha ratificado esta verdad elemental, aunque, por las condiciones ideológicas del Anarquismo, a nosotros nos hayan sido impuestas ciertas concesiones de carácter fundamental, mientras que los restantes sectores sólo lo hacen en cuestión de detalles y conservando las instituciones estatales, a las que todos, excepción hecha de los anarquistas, consideran irremplazables, necesarias y eficaces.

A los anarquistas nos corresponde mantener siempre el espíritu de la Revolución, desarrollando las actividades revolucionarias en cuanto sea posible, defendiendo las conquistas y realizaciones del proletariado, formando barreras infranqueables al paso de cualquier filtración dictatorial, ejemplarizando en todas las esferas en que intervengamos; siempre al lado del pueblo, con el pueblo, por el pueblo.

Cada revolución tiene en su propio seno fuerzas antagónicas que se disputan su orientación. Y en la Revolución española; no todas las fuerzas subsistentes y que forman en el conjunto antifascista han sido ni son revolucionarias. La guerra ha obligado a permitir acciones francamente antirrevolucionarias. La guerra ha desplazado el centro nervioso de la lucha del pueblo, dando posibilidad a los especuladores políticos a atacar los elementos recién construídos de las nuevas entidades creadas por la Revolución. La propia convivencia con sectores políticos ajenos al proletariado ha forzado las situaciones hasta el punto de que ha echado raíces la tendencia regresiva, que aprovecha cuantas circunstancias se presentan para proceder contra las conquistas políticas y económicas logradas por el proletariado.

En medio de ese complejo de factores y elementos los anarquistas, sin dejar de ser los más sinceros partidarios de la unidad, dando el ejemplo a quienes de la unidad han hecho también un trampolín político, hemos debido mantenernos en nuestro puesto de revolucionarios, defendiendo todo lo que nos era posible defender, o creíamos, mejor dicho, defendible, ante la avalancha de problemas planteados por la guerra y por las actuaciones poco leales de otros sectores antifascistas. Hemos debido, sobre todo, parar toda manifestación dictatorial, neutralizando toda manobra tendente a la hegemonía de un partido; y hemos logrado, a pesar de las diversas y difíciles situaciones que amenazaban no sólo nuestra integridad física, sino también la libertad del pueblo, conservar los derechos de las fuerzas auténticamente revolucionarias de compartir, junto con los deberes de la guerra, las atribuciones directivas que algunos se empeñaron en negarnos, creyendo que sus juegos tácticos nos habían desplazado por completo...

Dos deberes fundamentales nos imponen nuestra condición de anarquistas revolucionarios: intervenir con todos los medios de que disponemos para que la guerra sea llevada a cabo con la máxima eficiencia; intervenir en defensa de las conquistas y de los derechos del proletariado-revolucionario.

Lo primero tras como consecuencia la participación efectiva en los órganos de dirección de la guerra, la vigilancia estrecha para que nadie juegue con el porvenir de nuestro pueblo haciendo política de partido, el levantamiento de la moral combativa de los trabajadores en los frentes y en la retaguardia productora; es decir, en síntesis, nuestra presencia activa en todos los resortes ligados al mecanismo bélico del pueblo.

Lo segundo, está dentro de nuestra función específica de fuerzas vanguardistas de la Revolución, que no han perdido su interpretación libertaria de la misma, que no han dejado de lado su concepción libertaria del desarrollo revolucionario, que no se han desviado de la ruta que conduce a la meta final, combatiendo con todas las armas contra cualquier intento de escamoteo dictatorial.

Tenemos, pues, tareas propias, inconfundibles, que sólo a nosotros, como anarquistas, nos corresponde cumplir. Porque la defensa del pueblo, de sus libertades y del espíritu libertario de la Revolución, sólo podemos hacerla nosotros.

Tierra y Libertad

EN LEVANTE



COMO AYER EN MADRID Y EN CATALUÑA, EL PUEBLO SABE QUE HAY UN SOLO MODO DE VENCER: ¡RESISTIR!

¿Abrirán sus puertas las humanitarias democracias a LOS REVOLUCIONARIOS?

El terror fascista ha planteado un serio problema, por la persecución política y racial que obliga a exiliarse, a huir en busca de tranquilidad, a millares, a millones de individuos. La furia antisemita, especialmente de Hitler y sus cómplices, ha puesto fuera de la ley y en las manos de los verdugos nazis, a los que no pertenecen a la «pursimá» raza aria. Alemania se ha convertido en infierno para los judíos. Austria, una vez anexionada sin dificultades al Tercer Reich, también. Se habla de una cruzada en Italia, en igual sentido. Un verdadero problema de dramáticos contornos vuela sobre todos los lugares que puedan recoger a los perseguidos por el odio político y racial, a legiones inmensas de hombres, mujeres, familias enteras.

La Conferencia de Evián, realizada a iniciativa del Presidente Roosevelt, ha llegado a conclusiones, en el sentido de «organizar la emigración en masa», afirmando el derecho a la vida de las víctimas de las persecuciones político-raciales.

Hay que hacer, debemos hacer una pequeña salvaged. Debemos decir que para los refugiados políticos perseguidos por sus respectivos Gobiernos por tener ideas revolucionarias, las «democracias» no han abierto sus puertas, sino que, por el contrario, han utilizado todos los recursos para condenarlos a una odisea trágica en busca de asilo. Para los obreros revolucionarios perseguidos, los mismos países que con tanto «humanitarismo» han realizado la Conferencia de Evián, tienen leyes y normas restrictivas desprovistas de todo humanismo. ¿Cuántos hombres de ideas no han sido «puestos en la frontera», devueltos a su país de origen, deportados y entregados a sus verdugos, por no darles permiso de residencia en los países democráticos...?

Una pregunta hacemos a los tan humanitarios estadistas: ¿ESTARAN ABIERTAS LAS PUERTAS DE SUS PAISES PARA LOS EXILADOS Y PROFUGOS REVOLUCIONARIOS?

ANTE CAMPAÑAS CONFUSIONISTAS La ALIANZA OBRERA Y EL PROBLEMA DE LA FUSION SINDICAL

OTRA vez se ha puesto sobre el tapete el problema de la fusión de las Organizaciones del proletariado español. Y otra vez son los camaradas comunistas quienes insisten en una campaña tan inoportuna como estéril, desde sus órganos de publicidad. Por venir la propaganda comunista de donde viene, fácil es deducir sus propósitos. Por darse tanta insistencia en el planteamiento de la cuestión, en las horas que vivimos, a nadie que conozca los métodos de su partido, puede merecerle confianza plena o fuerza por convertir en realidad un propósito que no tiene consistencia alguna, como es esta cosa hoy. A los comunistas no les conforma la Alianza Obrera y quieren más allá, para lo que se incluye, públicamente, a los amigos del P. O. en el sentido de establecer por la fusión en una Central única de todos los trabajadores españoles.

Enunciado así el problema, aparecen los comunistas, una vez más, como los más apasionados campeones de la unidad. Siempre ha sido así. Una historia sindical que los trabajadores no han olvidado, ni pueden olvidar; una política que tampoco olvidan, son suficientes elementos para tomar con plena la en apariencia brillante iniciativa. Sin perjuicio de profundizar más y mejor en el tema, si se insiste en cultivar la confusión, vamos a hacer algunas precisiones.

ANTE todo hay que destacar que para los comunistas dos objetivos van paralelos: el de fusionarse con el Partido Socialista Obrero Español, para formar lo que ellos llaman impropriadamente el Partido Único del Proletariado, y el de lograr una sola Sindical mediante la fusión de la C. N. T. y la U. G. T.

A su tiempo hemos demostrado lo obrero que resulta calificar de «Partido Único» al que surge —el surge— de la fusión de ambos partidos marxistas. Tan absurdo como el de fusionarse en España más que el movimiento marxista. Tan absurdo como si se afirmara que todo el proletariado español puede ser enrolado en las filas de un Partido marxista. Tan absurdo es, como decir o pensar que en España no hay un Movimiento Libertario, movimiento que nunca podrá aceptar el monopolio y la hegemonía de ningún partido, por más estruendoso y falso que fuera su programa. Del problema de la fusión socialista-comunista no tenemos por qué hablar nosotros. Por de pronto, toda la campaña fusionista no ha hecho más que «desenterrar» lo que ya en el presunto Partido Único, y más cuando se agropan estas palabras contradictorias: del Proletariado, que, como fácil es constatar, le quedaría algo grande...

LA C. N. T. y la U. G. T. han sellado una Alianza para la acción conjunta. Tienen en las Bases de su Pacto de unidad, un verdadero programa que están llamados a realizar todos los trabajadores españoles. Los propósitos de unidad que la U. G. T. concretó ya en el histórico Congreso de Zaragoza, han sido logrados, no sin grandes dificultades, venciendo no pocos obstáculos, de los que podrían hablar algo los propios camaradas comunistas.

Está en la primera fase de aplicación del programa común C. N. T. U. G. T. Los Comités de Línea trabajan para materializar los puntos fundamentales de su Pacto. Poco se ha avanzado todavía en el camino de las realizaciones, y a nuestro juicio cabe acelerar el paso de acuerdo a las exigencias de la guerra, que no permite aplazar las soluciones prácticas que corresponden, para los diferentes problemas, el Pacto obrero.

Y cuando estamos en estas condiciones, cuando se van coordinando actividades, cuando van naciendo los órganos de relación necesarios, cuando se van apuntalando los instrumentos relacionadores y ejecutores del Programa, aparecen los comunistas con su consigna trillada de la fusión sindical, argumentando que las unidades que llevan a la Alianza pueden y deben llegar a formar una Central única. Y no sólo manifiestan esta idea, sino que apoyan a argumentos de «bueno alcance», pretendiendo señalar como obstáculo a la unidad después de la guerra, a quienes dan origen al carácter de transitoriedad a la Alianza y no admiten la posibilidad de la fusión sindical.

Los bastará reproducir algunos párrafos de los argumentos expuestos por «buenos hijos» de su órgano de Prensa, para que se comprenda la «construcción» levantada con los artificios para defender una posición que el proletariado recoge, naturalmente, con las debidas reservas.

EN su número del 16 de julio, dice el órgano del P. O., entre otras cosas: «Hoy no existen diferencias fundamentales que abonen, con fuerza suficiente, la razón de que los trabajadores se hallen agrupados en dos clases de sindicatos. Por el contrario, si que hay comunidad de lógicas y de intereses que aconsejan e impulsan a una unidad orgánica y más adelante: «Estos puntos de divergencia que pudieran motivarse como argumento, han desaparecido al impulso de las circunstancias. Y la convivencia diaria, ha hecho que se haya llegado a puntos fundamentales de unificación. Agraga, como argumento de peso este: «Eas distintas ideologías de orden político no pueden ser inconvenientes. En la U. G. T. existen trabajadores de distintos partidos y aun sin partidos».

He aquí cómo se les hace fácil una fusión, que seguramente apunta a los objetivos más lejanos y más alto parados que los del simple amor a la unidad orgánica. Para los comunistas, la acción conjunta que hay se realiza, aceptando un programa común por exigencias de la guerra, por la total diferencia de posición y de finalidad de la C. N. T. y la U. G. T. Ya no tiene la C. N. T. finalidad libertaria; ya no tiene la U. G. T. contenido ni finalidad marxista. Ya no hay más que dar un paso, votar en asambleas —en que los pretendidos de la convicción sabemos cómo proceden— la fusión, acordada y... la fusión será un hecho. Hecha la fusión, como la historia enseña y como su deber les manda, ya se verá lo que se hace...

¿Habrá que repetir a los comunistas españoles, las razones históricas de la existencia de los dos Centros, hoy unidos en la lucha contra el fascismo, unidad de acción que no se quebrantará sino que se consolidará una vez terminada la guerra? ¿Habrá que recordarle el historial de una y otra, los principios que rigen a una y otra, los métodos de realización que precisan una y otra, como organizaciones que tiene destinadas su posición ante el problema del Estado? ¿Habrá que explicar a los comunistas que la unidad de acción es siempre posible, aceptando un programa de transición tal como se ha hecho por la C. N. T. y la U. G. T., y que la fusión sindical sería adoptar una posición u otra, ya que no hay idénticos medios entre los partidarios del Estado y los que niegan sus virtudes reconstructivas?

SEA como sea, no vamos a dar nosotros lugar a una polémica. Queremos que las cosas queden en su lugar. Lejos de beneficiar a la unidad entre los trabajadores, las «s» temporales que en asambleas y en periódicos hacen los introductores de la fórmula fusionista, siembran desconfianzas y recelos que son hoy más nocivos que nunca.

Existe un programa a realizar. Dejen los comunistas de entorpecer, planteando sus consignas de «largo alcance». Dejen que los trabajadores consoliden su acción conjunta, sin tener que discutir ni entablar polémica sobre un problema que, a su tiempo, puede ser planteado y discutido por los trabajadores mismos. Dejen de realizar una campaña confusionista, apartando a sus afiliados para que, obedeciendo sus consignas, libren la fraternal confusión de fuerzas que están entregados los obreros y campesinos de la C. N. T. y la U. G. T.

Interesa hoy vigorizar esa unidad sellada en el Pacto, materializando el Programa de la Alianza Obrera Revolucionaria. Todo lo que salpa de esta cuestión, en nada beneficia al proletariado y a la causa que defiende.